



Cubierta y diseño editorial: Éride, Diseño Gráfico

Primera edición: mayo, 2022

Morirás en Sodoma

© *Florián Recio*

© *éride ediciones, 2022*

Espronceda, 5

28003 Madrid

Éride ediciones

Diseño y preimpresión: Éride, Diseño Gráfico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos

www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Señor Bizarro

La mujer se acercó al vaso de la calderilla, sacó una moneda con la punta de los dedos y la introdujo en el orificio del expendedor de agua. Colocó una taza bajo la boca del grifo y esperó unos segundos a que babease un hilo de plata turbia. Pero de la cañería solo emergió un gorgoteo de tripas enfadadas.

. - Dos días ya – suspiró -. ¿Es que pretenden matarnos de sed?

El marido meneó la cabeza sin atreverse a expresar su pensamiento. De qué habría servido. La mujer apoyó ambas manos en el fregadero de metal. Respiró hondo, como buscando fuerzas. Permaneció de pie frente al grifo, absorta. Las mejillas hundidas y secas. Haciendo mohines con la boca, rumiando el silencio. El pelo blanco recogido en una larga trenza que se le derramaba por las espaldas, algo encorvadas. Le temblaban las manos. Una anciana.

. – No comprendo por qué me haces esto – protestó la anciana - Es una temeridad.

Un golpe de tos la obligó a doblarse hasta apoyar la cabeza sobre las rodillas. El marido fue hacia ella, se colocó detrás de ella y deslizó los dedos por su cabello.

. – Traeré agua. Y un médico. Tengo apalabrado un trato con cierta gente.

. – No me gusta la gente. Y menos la gente de la ciudad.

. – Estás enferma, Elo. Necesitas ayuda, medicinas.

La mujer iba a replicar. Un nuevo ataque de tos la detuvo. Odiaba tener que darle la razón. Odiaba quedarse sola. Odiaba sentirse débil, vulnerable. Odiaba que su marido tuviera que adentrarse por su culpa en la ciudad, tan llena de peligros.

. – ¿Qué puede ocurrirme? - preguntó el anciano, leyéndole la inquietud en el rostro -. Ya verás. Antes de que te des cuenta, habré vuelto. Y con agua. Y un médico que te ayudará a que sanes.

. – A la porra el médico. ¿Y qué pasa si no vuelves?

El anciano meneó de nuevo la cabeza y chasqueó la lengua queriendo dar a entender que esa opción era una posibilidad remota.

.- Estás sacando las cosas de quicio, Elo.

. - ¿Qué harán con el señor Bizarro? –, preguntó Elo al cabo de unos minutos - ¿Tendrás corazón para darlo a esos matarifes?

El marido se miró las puntas de los pies, se caló bien la gorra y salió a la calle. El frío acudió a recibirle como un perro impertinente. No, no como un perro; más bien le hizo pensar en una serpiente que se colara por los pliegues del abrigo, por debajo de la gorra, estremeciéndose al contacto de su asquerosa piel, húmeda y helada.

Caminó despacio hacia el establo, donde un viejo caballo de tiro se entretenía en rumiar unos hierbajos que solo existían en su imaginación.

. – Es la hora, señor Bizarro – Al animal se le transparentan las costillas. Le echó una manta sobre los huesudos lomos. Uno de los ojos era de color marrón sucio, bordeado por largas pestañas sedosas; el otro, solo un hueco negro asediado por las legañas.

El anciano tomó al caballo por las riendas y salieron ambos de la cuadra. Caminaban, amo y caballo, con el paso renqueante y lento de los apesadumbrados. Al pasar por delante de la ventana, distinguió a Elo tras el visillo. Le hizo un gesto con la cabeza al que ella respondió con indiferencia de estatua. Tan fría y dura como una muñeca de cartón piedra, como aquellos maniqués que antiguamente se ponían como reclamo en los escaparates de las tiendas de moda.

Anciano y caballo caminaron durante poco más de media hora sobre la vieja carretera de macadán por la que hacía años no transitaba sino el viento. Los cascos del señor Bizarro sonaban en la soledad de aquel paisaje desolado con una cadencia monótona y tristonca de música trágica. De vez en cuando se detenían para que el hombre desocupara la vejiga o para que el caballo triscara algún hierbajo renegrido e insustancial, tan muerto como el resto del paisaje.

Al fin llegaron a un cruce de caminos.

Se veía allá al fondo la silueta afilada de la ciudad, las grandes ruinas. Hacía un rato que había amanecido, aunque el cielo lucía aún ceniciento y triste.

Encontró a cuatro personas en el sitio convenido. Tres hombres y una mujer. Los cuatro portaban en la mano el inevitable bastón de los ciudadanos. Jóvenes. Ninguno de ellos alcanzaba la treintena. Luchaban contra el frío dando furibundas patadas al aire. Cuando tuvieron al anciano a tiro le mostraron su enfado a gritos.

.- Creí que se nos congelaba el culo por tu culpa, abuelo.

El anciano se excusó achacando su tardanza a la mucha edad y a la mucha hambre, que había hecho que el pobre señor Bizarro viera espejismos y a cada paso se detuviera a mordisquear invisible forraje. Los chicos no prestaban atención a las excusas del viejo. Rodearon al caballo y le palparon las carnes con la fascinación y el embeleso lógico de quien toca por primera vez a un animal que para ellos debía tener el aura de un ser mitológico. Casi le sacan una sonrisa al anciano, el cual, en su turbación, extendió la mano derecha hacia el primero que se le acercó. Los jóvenes, no correspondieron al saludo. Echaron por delante el bastón, obligando al anciano a apartarse metro y medio, como exige la ley. El anciano, aturdido, se rascó las sienes y obedeció.

. – Así que este es el caballo - dijo uno de los tipos.

. - ¿Tenéis agua? –, preguntó el anciano – Me muero de sed. Y al caballo tampoco le vendría mal un trago.

. – ¿A esto llamas tú un caballo? –, protestó la chica – Le falta un ojo, se le salen los huesos por todas partes, está lleno de mataduras, y los esparavanes casi le impiden caminar.

Las risas de los chavales retumbaron en el silencio del mortecino descampado. Uno de los jóvenes sacó una cantimplora, llenó el tapón de agua y se lo entregó al anciano, que lo vació de un trago.

. - ¿Quién de vosotros es el médico?

Los jóvenes se miraron, sonrientes.

El anciano tomó las riendas del Señor Bizarro.

. - Sin médico no hay caballo.

Uno de los chicos le golpeó en la mano con el bastón de alejamiento. El anciano soltó la correa. Se alejó dos pasos, asustado.

. – Nadie nos habló de médicos, abuelo. Nosotros solo tenemos órdenes de pagarte. Luego haz tú lo que quieras. Con dinero en los bolsillos no han de faltarte médicos.

. – Eso no era lo acordado. Quiero hablar con Tavares.

. – Otro día, viejo. El trato ha cambiado – dijo la chica. Su sonrisa cínica sentaba mal a ese rostro demasiado joven y hermoso, donde aún coleaba el resto de una adolescencia reciente. En el cuello llevaba tatuada la silueta de un unicornio con alas.

. - ¿Lo tomas o nos llevamos al caballo gratis? – amenazó uno de los sicarios de Tavares.

El anciano se mordió los labios y meneó la cabeza, que era la única forma de protesta que le quedaba. Pensó en Elo. Su tos. Sus pulmones achacosos. Qué podía hacer. Los ojos se le humedecieron por la indignación y la rabia. Se acercó al animal. Le pasó un brazo sobre el cuello y arrimó la boca a su oreja.

. – Has sido un buen compañero, señor Bizarro. Espero que sepas perdonarme. Lo hago por Elo. Solo por ella. Tú harías lo mismo, bien que lo sé, amigo mío.

Sin soltar el cuello del animal, echó un vistazo a los jóvenes con el rabillo del ojo. Sonreían. El abuelo se irguió. Golpeó con ternura el rostro del señor Bizarro.

. - Adiós, querido amigo. Este será el último servicio que nos prestas. Gracias por todo. No me guardes rencor.

Se separó del caballo. Los ojos turbios de lágrimas.

. – Está bien – dijo -, podéis llevároslo. Dadme mi dinero.

Uno de los tipos tomó al señor Bizarro por las riendas, ordenó a la chica del unicornio que le pagase y los demás echaron a caminar, cada uno a un costado del animal, guardando entre sí la distancia reglamentaria de metro y medio. La chica los miró alejarse. Cuando le pareció que habían tomado la distancia necesaria, metió la mano derecha en el bolsillo trasero de su pantalón, sacó un puñal de mediano tamaño y lo clavó en el vientre del anciano. Una vez. Dos veces. Tres.

El viejo cayó al suelo con la mano en el vientre. La chica se apartó unos pasos sin dejar de mirar al moribundo, atrapada en el espectáculo fascinante de su agonía. Los ojos del anciano se fueron nublando. El cielo era una sábana de cenizas tras la cual se intuía el sol, tímido, impasible, como un espectador curioso que no se resignara a perderse el desenlace de la función. El anciano se miró la mano empapada en sangre y dijo, Dios mío, Elo, qué he hecho. A lo lejos se oía el caminar trabajoso y triste del viejo señor Bizarro.

Voceros de Platón

Tres chicos y una chica jóvenes cruzan la calle custodiando a un viejo caballo tuerto y renco. A su paso la gente detiene sus ocupaciones, se hacen señas los unos a los otros, la boca espumosa de saliva, los ojos clavados en ese trozo de jugosa carne que camina como si fuera un milagro viviente. Hay un rumor creciente por donde pasa esta insólita comitiva. Los tres chicos y la chica no se inmutan. Lucen en los antebrazos un ostensible brazalete negro que anuncia su condición de lacayos de Tavares, y eso debería bastar. No obstante, para despejar las dudas de los indecisos o de los bravos, se cuidan de hacer visibles los revólveres bajo sus chaquetas. La presencia de las pistolas es la barrera definitiva que impide que la gente pase del asombro a la sublevación.

Una gavilla de niños cimarrones con el vientre distendido por la parasitosis atraviesa la calle a toda velocidad persiguiendo a una rata. Un hombre del gobierno raspa con una espátula la silueta de un ciprés pintado con prisas en la pared de lo que antaño fue un cine y hoy es cobijo para cien familias. Bajo el ciprés se lee un eslogan de trazos prematuros: Platón miente.

Frente al cine, una zapatería. En el interior, sonido de hierro martilleando suelas. El zapatero, a través del sucio cristal de la puerta, ve pasar la extraña comitiva y siente compasión del viejo caballo. Decrépito, seco, el animal cojea lúgubre, dolorido, hasta que desaparece calle abajo en dirección a cualquier otra parte también lúgubre y sucia.

Se abre la puerta de la zapatería. Se cuele la voz metálica de una mujer recitando por enésima vez el sagrado fragmento elegido para el día de hoy: "Dios no es el autor de todas las cosas, sino solo de las buenas. Libro II de la República de Platón, bendito sea su nombre". Son los *voceros de Platón*. Hombres y mujeres tenaces, exaltados, incansables fanáticos apostados en las esquinas desde primera hora del día con la sola tarea de soltar a voz en grito consignas de esta

nueva secta cuyo padre espiritual es un santón conocido como Beato Masal. No llevan, como los matones, el distintivo negro, sino un brazalete amarillo que indica que están también bajo la férula y la protección de Tavares. De ahí que nadie les moleste.

En la zapatería entra un hombre vestido sin remiendos. El tipo husmea aquí y allí, como si en vez de una depauperada zapatería visitase uno de aquellos suntuosos almacenes que alguna vez existieron por el centro. Al cabo de un par de segundos entran dos tipos tan bien vestidos como el anterior y sin pronunciar palabra se colocan a cada lado de la puerta, mano sobre mano, custodiando la salida. El zapatero detiene su tarea y mira con recelo a los extraños visitantes. El que entró primero se acerca al mostrador, saca del bolsillo una placa de identificación y la muestra al zapatero. Seguridad Popular.

. - Su tarjeta sanitaria, por favor.

. - ¿Algún problema, agente?

. - Protocolos de seguridad. Nada de qué preocuparse

El zapatero abre un destartado cajón. Hurga entre los papeles. El agente saca del bolsillo de su chaqueta una pequeña linterna de rayos ultravioletas con forma de bolígrafo y dice que necesita ver sus manos. El zapatero detiene su búsqueda. Mira al agente. Mira también a los gorilas que bloquean la puerta.

. – Las manos, por favor.

Sin darle al agente tiempo de reaccionar, el zapatero entra en el almacén. Cierra tras de sí la puerta. Los agentes intercambian una mirada sin palabras. Un segundo más tarde, el quejumbroso chirrido de unas bisagras delata a un hombre que huye.

. - ¡Se escapa!

Los tres agentes saltan por encima del mostrador, atraviesan el minúsculo almacén. Derriban en su carrera algunos estantes. Salen a la calle trasera.

Una calle igual que las demás, sucia, maloliente, atestada de largas hileras de tiendas de campaña y chabolas miserables por entre las cuales un enjambre de ciudadanos caminan intentado sin demasiado éxito mantener el reglamentario metro y medio de distancia.

Sobrevolando la masa de cuerpos, la voz aguda de uno de los voceros de Platón recita su salmodia: Dios no es el autor de todas las cosas, sino solo de las buenas.

Los tipos elegantes sacan sus pistolas, tres reglamentarias *Smith and Wesson*, modelo 17 masterpiece, calibre 22 LR. Los viandantes se asustan. Gritos. Empujones. La multitud da inicio a un frenético *sálvese quien pueda* que sume la escena en un caos. La gente trata de evitar el contacto ajeno, pero el descontrol es absoluto. Chocan. Caen. Gritan, histéricos ante la proximidad inevitable. Los perseguidores corren apartando a golpes a los que se interponen en su camino.

. - ¡Por allí!

. - ¡Apártense! ¡Agentes de Seguridad!

. - ¡Seguridad Popular!

Los agentes refrenan su carrera. Miran, arma en mano, hacia todas direcciones, tratando de descubrir entre el gentío a su presa. Ante la presencia de las amenazantes pistolas, la gente se echa al suelo. Alguien protesta. Alguien empuja. Alguien atrapa del brazo a su hijo, a su marido, a su nieto y busca ponerlo bajo el flaco abrigo del esqueleto de un automóvil abandonado hace años.

Otros solo corren a poner a salvo su propio pellejo donde buenamente pueden, siempre lo más lejos posible de los demás. Y, en medio de aquel frenético movimiento de cuerpos asustados, el zapatero intenta escabullirse regateando montones de basura y cuerpos de gente aterrada.

. - ¡Por allí!

. - ¡Lo veo!

Uno de los agentes abre en ángulo las piernas, empuña el arma con ambas manos y dispara. La bala impacta en un tipo que para su desgracia cruzó por donde no debía. Le ha alcanzado de lleno. El bastón de distanciamiento que llevaba en las manos se escapa hacia las alturas para luego emprender un rápido descenso en caída libre. Una niña se levanta del suelo gritando papá, papá, y corre hacia el herido. El hombre intenta decir algo. Vete. Huye. No me toques. Palabras que no consigue hacer salir de su garganta. Lo intenta con un gesto de la mano. Aparta, hija, corre. Ponte a salvo. La niña llega a él, se abraza a sus pies. Lloro. Gimotea. Papá, papá. El moribundo quisiera alejar a la niña de un empujón, pero los brazos no le responden. Las rodillas se le doblan. Cae, mas no llega a rozar el suelo. No tiene ocasión. Con el último latido de su corazón, y como si un monstruo invisible lo enguliese, el hombre desaparece. Y con él desaparece también la niña. Ambos se volatilizan. Todos los presentes han contemplado la escena, aunque sin manifestar más asombro que el que se muestra ante las desgracias cotidianas, inevitables. Al hombre y a su hija se los tragó la nada, se esfumaron sin dejar más rastro que un fétido olor a grasa quemada y a ceniza. El lugar que ocupaban sus cuerpos es ahora un vacío donde cae, ruidoso, el bastón de distanciamiento.

El zapatero corre en zigzag. Uno de los agentes apunta con su revólver hacia el fugitivo, pero este se pierde entre el gentío. El agente permanece unos segundos con el arma en el aire, sin atreverse a hacer fuego. Sus compañeros no tienen tantos remilgos. Disparan. Uno, dos, tres, hasta vaciar el cargador de sus *Smith and Wesson*.

Unos proyectiles se incrustan en la pared arrancando un pellizco de arena y piedra; otros van a dar en el cuerpo de gente anónima que, como la niña y su padre, se volatilizan en el aire, llevándose consigo a quienes se encuentran a menos de un metro y medio de distancia.

El zapatero toma la primera bocacalle a su derecha. Los agentes le siguen. A la carrera, recargan los tambores de sus pistolas, sin caer, sin trastabillar, sin perder el ritmo. Profesionales. Al llegar al punto por donde torció el zapatero, se detienen.

. - ¡Maldita sea!

. - ¡Hijo de puta!

Un mar de cabezas. Entre la multitud, el zapatero se ha convertido en una aguja en un pajar. Invisible. Los agentes vuelven a apuntar hacia el gentío, dispuestos a vaciar otro cargador si fuera necesario.

.- Ya está bien, se acabó la fiesta. Guardad las pistolas -, les ordena el jefe.

Los dos agentes, de mala gana, obedecen.

.- Tú, Mateo, ve a Presidencia. Necesitamos refuerzos. Hay que establecer un perímetro alrededor del gueto antes de que ese cabrón se escape.

El tal Mateo es de los tres el más bajo, tiene la nariz menuda y afilada, los ojos demasiados juntos, prominentes las paletas dentales que le dan la apariencia de roedor, de ahí que los compañeros le llamen Ratón. El agente de Seguridad Popular Martín es el único que le sigue llamando por su nombre de pila.

.- ¿Qué le digo a Rui Presidente? - pregunta Ratón -. La hemos cagado demasiadas veces. Querrá saber si esta vez estamos seguros de que se trata del tipo que andamos buscando.

. - Dile que el sospechoso huyó en cuanto le pedí que me mostrara las manos.

.- ¿Sólo eso?

.- Solo eso.

. - Entendido.

. - Tú y yo - dice dirigiéndose al agente Lucas en cuanto Mateo echa a correr - volveremos a la zapatería. Y esta vez procura no sacar el revólver hasta que yo lo diga. Las órdenes son capturarlo vivo.

El agente de Seguridad Popular Lucas escupe en el suelo en un gesto significativo. Martin finge no ver. Esconde su arma bajo la chaqueta y dice démonos prisa, mientras da la espalda a su compañero. Sus pies chocan con un bastón de distanciamiento que yace abandonado en el suelo como el cadáver reseco de un ofidio. Lo aparta de una patada y el bastón rueda calle abajo hasta detenerse justo debajo de una pintada que en letras blancas y apresuradas dice *Platón miente*.